

"El Correo" de Medellín acaba de producir un fragmento del mensaje que dirigió el Presidente Eduardo Santos al Congreso que se reunió el 20 de Julio de 1942, que es un modelo para todos los gobernantes del mundo. Copio una pequeñísima parte, que se refiere a las instrucciones que él le dió al Procurador General de la Nación, para que se abstuviera de dar curso a la petición que un noble amigo le hacía, a fin de que entablara las correspondientes acciones por injuria y calumnia contra los malos sujetos que lo combatían con saña: "No creo —dijo— que deba el Presidente hacer nada para acallar o castigar ese caso de las Eaménides, grandes o chicas. Esa tradición colombiana, invariable desde hace ciento veinte años, es grandemente honrosa para las pretendidas víctimas y los injustos agresores han sido condenados siempre al peor de los castigos que la historia reserva, que es el del olvido desdeñoso. Que siga abierta esa válvula de escape de malos humores y de malos sentimientos. En cuanto a mí, apenas me reservo el derecho de apelar contra todo eso al fallo silencioso y seguro de nueve millones de colombianos".

Así habla un gobernante republicano, que siente como un arrullo la aprobación de su conciencia. El Dr. Santos continuaba: "En los tiempos que corren, esa tradición, que puede tener aspectos desagradables o bochornosos, tiene uno grande y luminoso. Los regímenes totalitarios van convirtiendo a los jefes de Estado en seres intocables, que si no inspiran amor o adhesión, siempre inspiran temor. Son incontables los pueblos donde la censura a quienes ejercen la autoridad es la vía segura para el patíbulo o el presidio, y pocos los mandatarios que hoy dejan libre el campo a la oposición y aun al insulto y que gobiernan sin temor a quienes los agravian, pero también sin que quienes lo hacen o intentan hacer puedan sentir sus ímpetus detenidos por temores distintos de los que la propia conciencia les sugiere".

Eduardo Santos, que es uno de los mejores hombres que hayan nacido en Colombia, por su talento, por su ilustración, por su integridad, por su bondad, por su desprendimiento, el mandatario que menos le haya costado al país y de quien el país más haya recibido, está en el Viejo Mundo, sirviéndoles a todos, honrándonos a todos, para saber de pronto que, como consecuencia de las más terribles pasiones, sus más insignificantes adversarios obtienen de un gobierno obnubilado que se tome la

medida más arbitraria, la del despojo, contra la opinión del país, contra la obligación de las autoridades de velar por la vida, honra y bienes de los asociados, contra la Constitución, contra la ley, contra la rectitud, contra el decoro, como si no se tratara sino de prohibir que el dueño de un retablo lo continuara mostrando en la vía pública.

"El Tiempo", señor Presidente, es algo más que su dueño, Eduardo Santos, una de las figuras de mayor relieve histórico en Colombia, apreciado internacionalmente por la huella de civismo de progreso, de nobleza, que dejó entre nosotros, y por el brillo que despiertan sus actos y su inteligencia. "El Tiempo" es una institución. No sólo representa una tradición que en sí mismo está acreditando, pues no sería lo que es si no hubiera contado con el apoyo de la ciudadanía, y no hubiera contado con éste si no lo mereciera, sino que es, además, la vida, el sustento, de tres o cuatro mil personas, entre empleados, colaboradores, linotipistas, mecánicos, impresores, transportadores, corresponsales, agentes, artistas, fotógrafos, reparadores, vendedores, que se yo, un pequeño ejército de individuos de todas las clases sociales, la mayor parte de ellos con familias que no cuentan para la subsistencia sino con lo que el periódico les paga. A toda esa gente no se le puede decir de la noche a la mañana que se vaya. Nadie tiene derecho a arrebatarse lo suyo laboriosamente ganado, lo que al amparo de Dios constituye para cada cual la estabilidad de su familia. Usted no ha pensado, señor Pre-

sidente, ni menos sus Ministros, en que un atropello de esta índole, que cada día significa una pérdida considerable de dinero y un rápido acercamiento a la ruina, es una de las acciones más indefensables que pueda cometer un gobernante y uno de los mayores males que le pueda hacer a su país, con la práctica demostración de que nadie está seguro y de que casi medio siglo de vida honesta, batalladora, idealista, tan apreciada por la patria que le valió a su dueño e impulsador el ser llevado a la Presidencia de la República, no cuenta hoy, en que la fuerza desbarata las fortalezas como un castillo de naipes.

La ciudad, el país, están heridos con la determinación inconsulta. La inmensa mayoría de los hombres y mujeres de todas las clases sociales y de todos los matices políticos protesta en su corazón y se indigna con el agravio hecho a uno de los mejores ciudadanos que haya tenido Colombia desde la independencia. Confío simplemente, señor Presidente, en que usted, que ha tenido en diversas ocasiones anteriores el valor de las rectificaciones, al persuadirse del grave daño que ha hecho va a uno de sus antecesores más ilustres, de manera absolutamente gratuita, no querrá hacerse responsable de que se prolonguen la inquietud, el desconcierto, el afán, de los cuatro mil soldados del pequeño ejército, ni menos el que se perpetúen la ofensa y la amenaza a quien ningún daño le ha hecho y que merece la admiración y el respeto de todos los colombianos.

Sr. Presidente!

L. E. Nieto Caballero.

A la Madre

Dedicado a la madre en su día.

(En Rep. Amer.)

¡Madre!, que con tus caricias endulzas el destino,
que nos das con tus besos el sublime néctar materno,
envío estos versos como elogio a tu nombre divino,
de crepúsculo suave, de un amanecer eterno.

Dedico esta ofrenda con el canto de mi más íntima emoción,
trocar en palabras lo que palpita en mis labios,
y en alarde de mi adentros en pura confesión
decirte que eres la inolvidable ciencia de los sabios.

Quisiera que mis estrofas nacieran del fulgor que encierras
como visiones legendarias de tesoros orientales,
derramar sobre ellas savia de la tierra
y dar a tu existencia mi rimas seculares.

¡Madre!, Diosa que al poeta sus cánticos inspira,
que al mundo concibes gloria de luz y armonía
y la eterna pureza de tu alma suspira,
bajo las blancas alas de la hermosa poesía.

¡Madre! Himno sagrado de la naturaleza,
gloria inextinguible de lumbre que fulgura,
de la verdad humana vistas tu belleza
y vuestro sexo hermoso lo bendice... Dios de la altura.

Esmeralda ALMANZA M.

San José, 15 de Agosto de 1955.